

RESEÑAS

319-329

María Jesús ZAMORA CALVO (Ed.). *Brujas de cine*. Madrid: Abada, 2016, 284 pp.

Es muy probable que, para la civilización del futuro, una parte importante de la idiosincrasia construida por nuestra época sea reconocible mediante la producción cinematográfica. El cine, a partir del reconocimiento y uso de su dinámica en tanto espectáculo público, forma parte de la vida cotidiana, pero también de las vías masivas de comunicación, su alto potencial didáctico modifica, para bien o para mal, la percepción del individuo, propone modelos de conducta, manipula los arquetipos, remueve los sentimientos y fabrica supuestos. No es extraño que los círculos académicos universitarios estén interesados en su producción y funcionamiento social, ya sea para criticar el enajenamiento y la aculturación, ponderar la propuesta estética o advertir el divertimento llano.

Es evidente que el cine presta, toma, utiliza y comparte aspectos nodales con otras disciplinas. En años recientes, el vínculo entre los productos de la industria cinematográfica y la creación literaria ha enfatizado su relación, la que en venturosas ocasiones nos muestra un romance idílico y otras tantas, lamentablemente, nos asombra con desaventurados amasijos vulgares. No es el único contacto, el cine está armado de bifurcaciones, recreaciones y crisoles multidisciplinarios. Por tanto es posible que, poco a poco, se reúna un bagaje filmico especializado que sintetice dos o más manifestaciones culturales, en el que sobresalga el tratamiento visual de un personaje, de un sentimiento, de una fantasía, de un acontecimiento, etcétera.

En tal corolario está basado el libro editado por la Dra. Zamora Calvo, cuya coordinación nos presenta el producto de estudios monográficos alrededor del personaje fantástico, pero visceralmente histórico, que llamamos “bruja”. El trabajo en cuestión reúne las opiniones de un selecto e internacional equipo de trabajo que discutió y polemizó alrededor del tema durante varias sesiones, en un coloquio de especialistas, hasta construir una propuesta explicativa e interpretativa respecto del binomio entre el fenómeno de la brujería y la funcionalidad del cinematógrafo para trasladar el lenguaje con que se narran las peculiaridades del estereotipo mágico al código iconográfico del entretenimiento y la recreación ante espectadores comunes.

El trabajo de la editora habla de la necesidad que los investigadores del área de las humanidades y las artes tienen de incursionar en nuevas rutas teóricas para abarcar diferentes e insospechadas posibilidades artísticas, con el objetivo de reconsiderar la exégesis e inspeccionar desde nuevos enfoques una idea que ahora reconocemos mitológica pero que tuvo y tiene hondas raíces en la narrativa popular, la censura erudita, la religión y la sociología. En este ámbito, el liderazgo de los especialistas participantes y el de la propia coordinadora, debido al recorrido textual y visual que nos ofrecen por más de un siglo de brujas dibujadas en la pantalla grande, es incuestionable.

El resultado aporta una coherente gama de posibilidades de aprendizajes directos y sugiere, además, vías probables de investigación para todos aquellos interesados, ya sea en dilucidar las características ficticias y sociales de la bruja o en plantear críticas

respecto del tratamiento que el cine pone en marcha cada vez que intenta recrear una idea imaginaria y un temor fundamental, o, mucho mejor, discutir la renovada manifestación artística que surge de combinar dos o más redes semánticas.

Gracias a este esfuerzo es posible conocer cómo se han percibido e interpretado en la historia del cine la inquietante figura de la hechicera, desde la épica Circe hasta la escabrosa Celestina. Descubrimos brujas de intensa influencia, como las inventadas por los tratados contra la magia y los manuales inquisitoriales, en especial la bosquejada por el *Martillo de las brujas*. Recordamos paradigmas en la construcción visual del personaje y mixturas del subconsciente comunitario, por ejemplo la escena de la reunión nocturna en Macbeth, el traslape del vampiro con la bruja en la ansiedad de sangre inocente, la dualidad del mago y las brujas en el mundo de Oz y la inagotable fuente de fantasía y personajes oscuros que legó la literatura fantástica decimonónica.

En la particular preocupación de los investigadores Francisco Salvador Ventura, Carmen González-Vázquez, María Tausiet, José Manuel Pedrosa, Rafael Malpartida Tirado y Rafael M. Mérida Jiménez, se muestra la relación estrecha entre cine y literatura. De acuerdo con sus trabajos resulta evidente que ambas áreas constituyen una especie de juego de vasos comunicantes que se enriquecen continuamente. Tales revisiones, además, no están exentas de la discusión alrededor de la teoría de género y la historia de las mujeres.

El libro ofrece al lector un botón de muestra del conocimiento y las habilidades generales de los autores: cinefilia e historia del cine, identificable al describir las películas, de culto o comerciales, cuyo personaje conflictivo es una bruja; metodología para hacer crítica literaria, cuando se identifican y analizan las fuentes de donde los directores han abrevado con el fin de plantear su versión de la bruja; referencias a la técnica cinematográfica, que subyace para analizar esta peculiar semiótica del espectáculo e identificar el lenguaje visual necesario para recrear el personaje. En suma, es posible advertir el saber de los especialistas respecto de tres fenómenos culturales: uno nacido del imaginario colectivo tradicional, la brujería; el otro producto de los avances tecnológicos y los medios de comunicación masiva, el cinematógrafo; y por supuesto, la combinación de ambos.

Alberto Ortiz

Universidad Autónoma de Zacatecas

Edificios de Posgrado, 2º piso Segunda Zona Universitaria, Zacatecas (México)

albor2002@gmail.com

José ANADÓN. *Historiografía literaria latinoamericana colonial-contemporánea (1973-1993)*. Prólogo de Nelson Osorio Tejeda. México: Seminario de Cultura Mexicana; Universidad de Notre Dame, 2015, 420 pp.

Este libro es una selección de varios trabajos que José Anadón realizó entre 1973-1993. La mayor parte están dedicados al estudio de algunas obras, autores y personajes del periodo colonial hispanoamericano. Una de las características de estos

estudios y uno de los principales méritos de Anadón, como destaca Nelson Osorio en el prólogo de este libro, es la utilización de materiales de archivos y de fondos antiguos (18), por lo que la buena parte de las informaciones son datos nuevos, entregados de manera crítica, que sugieren nuevos puntos de vistas, replanteamientos y discusiones respecto de diferentes temáticas del periodo colonial. El propio Anadón recordaba en la conferencia que dictó para presentar este libro en la inauguración del Simposio “Reconsiderar la historia, la literatura y la cultura colonial americana”, que organizamos en la USACH en octubre pasado, que fue su profesor José Durand, el americanista peruano, el que le recomendó buscar en los archivos materiales nuevos para su investigación doctoral.

Si tuviéramos que determinar lo que mejor define a esta selección de trabajos, podríamos concluir que se trata de un libro del siglo XVII hispanoamericano y chileno. Por tanto, para el caso chileno estos trabajos echan luz sobre un siglo muy noticioso, pero extrañamente poco estudiado. Esto quizás pueda deberse a que la mayor parte de las noticias importantes acontecieron fuera de Santiago, en el Sur de Chile. Probablemente ya se percibía el centralismo que aqueja a Chile cuando Francisco Pineda y Bascuñán se lamentaba por la exigua ayuda que Santiago brindó a Concepción por el terremoto de 1657, cuando diez años antes los sureños habían cumplido con generosidad (103). Justamente Pineda y Bascuñán, autor del *Cautiverio feliz*, ese notable libro “nada extraño para los estudiosos, sin embargo mal conocido aún” (20), nos dice Anadón, es el escritor más estudiado en este libro, y el que está presente y entrelaza varios de los trabajos, principalmente los de Juan de Barrenechea y Albis y los de los jesuitas Diego de Rosales y Luis de Valdivia.

En el primer trabajo dedicado a Pineda “Los últimos años de Pineda y Bascuñán” (1973), mediante documentos nuevos, principalmente de archivos, como protocolos firmados en Lima, cartas familiares y procesos judiciales, Anadón reconstruye los últimos años de Pineda. Por ejemplo, nos dice que al no ser tomado en cuenta por las autoridades locales, y su resistencia a vivir de la tranquilidad económica que podían ofrecerle sus hijos, decide viajar nuevamente a Lima a fines de 1677 (ya lo había hecho en 1673) a buscar justicia según sus merecimientos, pues el ambiente político y social de la Capitanía General de Chile de fines del siglo XVII favorecía poco a sus intereses (24). También, que a fines de 1679 logra el apetecible Corregimiento de Moquegua, al sureste del actual Perú, concedido por virrey Melchor de Liñán Cisneros. Este cargo, nos dice Anadón, honroso y codiciado, era el mejor recibido por Pineda tras tantas gestiones y fatigas. Pero, “triste ironía, llegó demasiado tarde, cuando su vida estaba a punto de acabar. Fallece en el Valle de Locumba, viajando hacia Moquegua, el 5 de mayo de 1680 (fecha que establece), lejos de su tierra y parientes y sin haber llegado a tomar posesión de su cargo” (29-31).

En este texto también encontramos informaciones de Álvaro, el hijo mercader de Pineda, con el que tenía algunas desavenencias, que seguramente nacían de las diferentes actividades que practicaban, así como también de esa conformación y

madurez del criollo (Francisco: militar criollo, hijo de españoles / Álvaro: comerciante criollo, hijo de criollo). Anadón señala que Álvaro se transformó en un importante comerciante que movía grandes cantidades de variados tipos de mercadería –dentro y fuera del país–, negociando en muchas tierras y abriendo tiendas en Chile, informaciones que ayudan a conocer mejor el tipo de gente que practicaba el comercio a fines del siglo XVII, como también a discutir afirmaciones categóricas como las de Diego Barros Arana, que sostenía que los individuos que ejercían el comercio en Chile eran pobres mercaderes de última mano (33-34).

Otro texto dedicado al autor del *Cautiverio feliz* es “Vida y autobiografía de Pineda y Bascañán”. Allí Anadón sostiene que la importancia del “Memorial de 1639”, un documento dado por perdido por la historiografía chilena y que Pineda redactó para retener una encomienda, no está dado solo por contener algunas noticias desconocidas acerca de una etapa de su vida, sino que también por ofrecer información documental contemporánea que permite iniciar el estudio de la historicidad del *Cautiverio feliz*, por ejemplo, acerca de un periodo extrañamente poco informado, como el que va inmediatamente después de la Batalla de las Cangrejeras, tiempo en que se realiza una de las mayores campañas para aniquilar la resistencia de los mapuches y en la que Pineda se distinguió (54). También se entregan datos e informaciones que ayudan a seguir conformando una biografía más completa de Pineda, como su participación en el Alzamiento general de 1655, como gobernador de las fronteras de Boroa, Imperial, Toltén, Villarrica (94); su injusto relevamiento del ejército, incluso después de recibir una del virrey Conde de Alba de Liste en la que reconocía sus méritos y prometiendo resarcirlo por sus pérdidas materiales; el enfrentamiento con el gobernador Meneses, donde Anadón establece con bastante claridad que Pineda fue el autor del texto anónimo en su contra; los años en Perú, solo, destituido y pobre, esperando ser escuchado por las autoridades, tiempos penosos en los que completará la redacción definitiva del “Cautiverio”; la designación que obtuvo en 1773 como gobernador de la Plaza y Presidio de Valdivia, un buen cargo pero que no logra darle la estabilidad económica, cuestión que lo sigue afligiendo (144).

El siguiente autor del siglo XVII que Anadón trata en este libro es el mercedario chileno fray Juan de Barrenechea y Albis. En “La Restauración de la Imperial de Barrenechea y Albis” (1975) señala que la *Restauración de La Imperial y conversión de almas infieles* (redactada a fines del siglo XVII), del fraile nacido en Concepción, es un libro “más mencionado que conocido”, que merece estudiarse por su curiosidad (obra miscelánea) y por el relato novelesco que aparece; también por las noticias de interés respecto de autores y personajes del suelo chileno (42) y de episodios importantes históricos como el gran alzamiento de 1655, que sirven para investigar temas escasamente estudiados, como los profundos efectos psicológicos que produjo en los pobladores (48-49). Señala que, así como le sucede a Pineda, el levantamiento mapuche es el episodio clave en que apoya su juicio de que se trataba de una guerra injusta (50). Respecto del texto novelesco inserto en la “Restauración” señala que a su parecer es el antecedente más

significativo de la novela indianista en la Colonia. El modo de presentar y caracterizar psicológicamente a los personajes indígenas, dentro de su marco social, resulta sorprendente en un texto de fines del siglo XVII americano (52). Más adelante, en “La novela colonial de Barrenechea y Albis” (1983), dice que el texto “posee unidad narrativa, intencionada elaboración y la voluntad consciente de fantasía, dentro de un marco a la vez utópico y realista (...) El relato respira a todas luces un carácter idílico e imaginativo, dentro de un claro contexto histórico. Estas ideas del padre Barrenechea establecen un importante hito ideológico durante el siglo XVII y hasta parecería reconocer la realidad mestiza del país como base de la unidad nacional” (236).

“Relictos de la *Conquista espiritual*” (1978) es el primer trabajo que Anadón dedica al jesuita Diego de Rosales, “una figura mayor de la historiografía chilena, cuya actividad está vinculada con la vida política y religiosa del siglo XVII” (151). En este trabajo establece algunas diferencias con la *Histórica Relación del Reyno de Chile* (1646) de Alonso de Ovalle, en aspectos como la supuesta belicosidad de los mapuches (151-52). Por ejemplo, Anadón señala que Rosales sigue los sacrificios rituales entre los mapuches con un “crudo” realismo, anotando hasta los detalles más sórdidos, sin que influyan consideraciones morales o religiosas (158), distinto a la óptica propagandística de su colega Ovalle (162). En “Escritos testimoniales: Pineda y Bascuñán y Rosales en el Informe de Ibarra (1658)” (1988) Anadón señala que el informe que el virrey del Perú Conde Alba de Liste le solicitó al criollo peruano Álvaro de Ibarra por el levantamiento de 1655, es un documento que prueba la relación directa y cercana entre el jesuita y Pineda, pues aparecen colaborando juntos en la redacción de este escrito oficial (335). Anadón señala que en este Informe se verifica que la práctica de olvidarse de los militares beneméritos y de vender los cargos, cuestión de la que se quejaba profundamente Pineda, se originó o tomó cuerpo en el gobierno del gobernador Acuña (339), como también que una de las características del documento, es la incorporación de entrevistas a los mapuches que estuvieron implicados en el desarrollo del conflicto, quienes expresaron abiertamente sus opiniones y de las que se puede inferir una actitud conciliatoria (340-342).

Para Anadón en “La ‘Guerra defensiva’ del jesuita Luis de Valdivia y los Pineda” si bien la influencia del pensamiento del padre Luis de Valdivia (importante también para el siglo XVII) en el *Cautiverio feliz* es evidente, no se ha podido establecer una vinculación directa. Sin embargo, a partir de dos cartas que ubica en el Archivo General de Indias de Sevilla, aporta algunos datos que relacionan al jesuita con el padre del escritor, el militar Álvaro Núñez de Pineda. Estos nuevos documentos confirman que el padre de Pineda, que para el inicio de la guerra defensiva ocupaba el cargo más alto en el Ejército, colaboró estrechamente con el jesuita y defendió sus ideas, incluso por escrito. Estas nuevas informaciones, bien podrían sugerir, nos dice Anadón, que las ideas proindígenas de Pineda debieron comenzar temprano, lo que implica una “relectura del *Cautiverio feliz* y abre un camino para entender la maduración de las ideas de nuestro autor en esta materia” (259).

También se agregan en esta selección algunos textos acerca de autores españoles que han tenido una relación directa con la América colonial, como es el caso de Juan Mogrovejo de la Cerda, el alcalde del Cuzco y autor del curioso relato *La endiablada* (1624), del que Anadón se extraña que sea tan desconocido. Sostiene también que es un escritor más prolífico de cuanto podía suponerse en un principio y además entrega varios datos que ayudan a conformar mejor su biografía (268-278). En “Bartolomé Lorenzo como personaje de José de Acosta en la *Peregrinación* (1586)” (1988) cuestiona la idea de Juan José Arrom de que la *Peregrinación*, que trata del portugués Bartolomé Lorenzo (un personaje real), fuera ideada por el jesuita español como una novela de aventuras, una obra ficción, y en cierta medida también que fuera redactado como un texto crítico al sistema colonial, planteado por Beatriz González Stephan. Para Anadón este “escrito histórico, animado y pintoresco”, redactado sin mayores adornos literarios, tuvo destino interno, para lectura dentro de la orden y dirigido al máximo superior, el general Acquaviva (280-293).

En un artículo dedicado a *La historia tragicómica de don Henrique de Castro* (1617) del francés Francisco Loubayssin de la Marca, discute el parecer de Cedomil Goic acerca de que esta obra pueda ser considerada como la primera novela histórica de América (296), pues cuando se la ubica en su contexto, en el ambiente literario francés de comienzos del siglo XVII, se ajusta a una novela de aventuras y sentimental. Anadón señala que este subgénero contiene muchos detalles realistas y aún ciertos, pero abunda en imprecisiones y no existe la voluntad de proyectar toda la verdad. Loubayssin de la Marca, apunta Anadón, introduce episodios históricos mediante un procedimiento acumulativo, lo que confiere al relato una inverisimilitud de conjunto. En relación con su temática americana, que no es exclusiva en la novela, está expuesta superficialmente (324-328).

En “Ruptura de la conciencia Hispanoamericana” (1993), el último texto del libro, Anadón señala que aunque se ha incrementado el estudio de las letras coloniales como accedente de la actual literatura latinoamericana y se puede percibir un nuevo espíritu crítico, el estudio del amplio campo colonial presenta algunos inconvenientes que aún no se han superado y que han promovido la divulgación de ideas preconcebidas y perpetuado errores y silenciamientos. A estos problemas, que van desde la ambigüedad del *locus* enunciativo del escritor colonial o la ligazón del discurso colonial con la historia, hasta las dificultades de acceso a los materiales documentales y la escasez de ediciones críticas, se suma una dificultad quizás mayor, como la de los enfoques eurocéntricos siempre presentes en los estudios de la cultura latinoamericana. Para Anadón, “mientras se siga apreciando la literatura y toda la cultura latinoamericana desde parámetros (o convenciones) eurooccidentales, esta permanecerá colonizada”, por lo que se hace necesario “que un sector de la crítica se esfuerce por establecer un paradigma latinoamericanista, una escala de valores propia, y desde allí apreciar otras culturas” (409-411).

Estos planteamientos, redactados hace más de veinte años, continúan teniendo plena vigencia, pues si bien es evidente, como señala Nelson Osorio, que en la última

década se advierte entre las nuevas promociones de críticos de los estudios del periodo colonial de nuestra América una creciente preocupación por superar los enfoques teóricos tributarios de la perspectiva eurocéntrica (o mejor “occidentalocéntrica”, aclara) (9-11), esta tarea no se ha terminado de concretar, por lo que la lectura y relectura de este texto, como también la de los demás trabajos de este libro, renueva el interés por la investigación del periodo colonial y promueve la preocupación constante en la búsqueda por establecer un paradigma más propio.

Marcos A. Figueroa Zúñiga

Universidad de Santiago de Chile

Facultad de Humanidades, Departamento de Lingüística y Literatura

Av. Libertador Bernardo O'Higgins # 3363, Estación Central, Santiago (Chile)

cinema77@gmail.com

Vicente Enrique MONTES NOGALES. *La memoria épica de Amadou Hampâté Bâ*. Madrid: Peter Lang 2015, 251 pp.

A pesar de que la épica medieval europea ha sido objeto de estudio desde hace siglos, la épica africana no ha sido examinada con exhaustividad y rigor hasta mucho más recientemente. En España son pocos los investigadores que se han dedicado a su análisis, por ello *La memoria épica de Amadou Hampâté Bâ*, monografía publicada por Vicente Enrique Montes Nogales en la editorial Peter Lang en 2015, merece una especial atención. Tras un encomiable análisis de la obra de Amadou Hampâté Bâ, Montes Nogales nos propone bucear en las epopeyas de África occidental que recitan los *griots* y otros narradores de las diversas etnias de este vasto territorio, para encontrar en ellas la fuente de inspiración esencial para la redacción de su única novela *L'étrange destin de Wangrin* (1973).

Si durante la infancia y adolescencia de este erudito maliense la atenta escucha de los relatos orales se revela una afición –y, cómo no, un instrumento fundamental de aprendizaje de los valores de las comunidades subsaharianas–, en su juventud y madurez termina convirtiéndose en una pasión e incluso en un cometido, con tal intensidad que termina consagrando parte de su vida a la protección y reivindicación de la tradición del continente africano. De entre todos los géneros orales, uno le fascina especialmente: la epopeya.

Según argumenta Montes Nogales, para Hampâté Bâ el progreso en África no se juzgaba posible sin la reconciliación de la sabiduría popular autóctona y de las influencias extranjeras; no parece extraño pues que la voz de los tradicionalistas haya impregnado cada una de las páginas de su novela, un género literario reciente en el occidente de ese continente, en el que se fusionan oralidad y escritura, tradición y modernidad.

Consciente del desconocimiento en España del género épico de África occidental, Montes Nogales introduce en su estudio un corpus de epopeyas compuesto

por las más populares de esa extensa área geográfica y cuyos protagonistas son los nobles Soundjata Keïta, Samba Guéladio, Ham-Bodêdio y el morabito El Hadj Omar Tall, entre otros. El análisis comparativo llevado a cabo por este investigador acerca de las principales características de estos relatos, de sus narradores y de sus singulares condiciones de emisión permiten apreciar evidentes similitudes con las epopeyas europeas pero también distinguir muchas de sus particularidades.

L'étrange destin de Wangrin narra las aventuras de un pícaro intérprete bambara que, al igual que los héroes de los relatos épicos, se enfrenta a sus numerosos adversarios dando prueba de valentía, astucia y dotes combativas. Para afrontar a sus enemigos, Wangrin, el protagonista, recurre no solo a su fuerza y coraje sino también a otras armas que ya habían empleado sus antepasados épicos: la sagacidad, la colaboración de las mujeres y la magia. Para demostrar la estrecha vinculación entre Wangrin y los personajes de las epopeyas, conmemorados por los tradicionalistas en solemnes ocasiones, el profesor Montes Nogales proporciona al lector informaciones esenciales acerca del estatuto de la mujer en las diversas sociedades subsaharianas, del sincretismo religioso originado por el animismo y el Islam y de los usos y costumbres de los fulani y bambara. Su estudio nos permite así acceder al hechizante universo de las opiniones de los *griots* y las representaciones mentales propias de las comunidades tradicionales, en interacción no siempre fácil con la paulatina penetración del Islam en África occidental y con las conflictivas relaciones mantenidas entre el colono y el colonizado; el resultado de este estudio poliédrico es una obra atractiva para los amantes de la etnografía y la etnología de las sociedades subsaharianas y para aquellos que deseen adentrarse en su historia y en la magia de su literatura.

La memoria épica de Amadou Hampâté Bâ reúne también otros méritos destacables, como la inclusión de una pormenorizada bibliografía acerca de la épica subsahariana, de gran utilidad para todo aquel que desee profundizar en este género, y respecto de la investigación efectuada en torno al autor *fulani*.

Apostando por encontrar en la tradición oral africana la fuente germinal para la redacción de la novela de Amadou Hampâté Bâ, Montes Nogales invita al lector de lengua española a acercarse no solo a la producción literaria de este escritor maliense, sino también a las obras que este ferviente musulmán ha transcrito y, así, salvado del olvido, al tiempo que nos incita a la lectura de uno de los más ricos géneros literarios que ha generado el oeste de África y que, consecuencia de los nuevos tiempos, pronto puede desaparecer en su manifestación oral.

Mercedes Travieso Ganaza
Universidad de Cádiz
Facultad de Filosofía y Letras
Av. Gómez Ulla s/n Cádiz 11003 (España)
mercedes.travieso@uca.es

Felipe MONTIEL VERA. *Chiloé. Historias de viajeros*. Castro: Municipalidad de Castro, 2010, 580 pp.

El libro de Felipe Montiel es un destacado aporte en los estudios acerca de la migración patagónica debido a la concentración de información en narrativas que discuten varios fenómenos translocales. La preocupación es fijada no solo en Chiloé como punto de partida, sino de otros espacios de conexión migrante como son precisamente territorios limítrofes de Argentina. Esta curiosidad parece devenir de la historia, seguramente por su formación académica como profesor de historia y geografía, pero también es resultado del interés mostrado en las últimas décadas por otros investigadores desde esta perspectiva científica. Alude a un cúmulo de experiencias interceptadas en el tiempo por medio del relato oral como estrategia metodológica. En este sentido, habría que reconocer este libro como una plataforma amplia de información para investigaciones futuras, haciendo referencia a la posición que ocupa la historia en los estudios de la cultura.

El contenido destaca cinco partes, la primera corresponde al prólogo escrito por María Ximena Urbina, prominente historiadora que fungió como telonera de la obra. La segunda parte es la introducción, en la que Felipe Montiel sumerge al lector entre los siglos XIX-XX, tiempos que considera pertinentes para descifrar el grueso de la migración chilota en diferentes lugares. La tercera parte muestra sesenta relatos orales provocados entre el entrevistador (Felipe Montiel) y entrevistados, varones, adultos mayores de cincuenta y cinco y noventa y cinco años, residentes de Chiloé, quienes en su experiencia migratoria oscilaban entre dieciséis y cuarenta años. La cuarta parte corresponde a la revisión de cinco archivos periodísticos que datan de la gobernación de Chiloé y Magallanes, relevantes como datos periféricos que recubren y precisan las fuentes orales. El último apartado es la reflexión final seguido de un glosario de chilenuismo y la bibliografía¹.

El autor sugiere dedicar atención en las últimas décadas del siglo XIX y primera mitad del XX (1850-1950), temporalidades en las que sucedieron movi­lidades “golondrina” hacia diversos territorios del país, “laborando como carrilanos [...] en las oficinas salitreras del norte, en los puertos de Antofagasta, Talcahuano y Valparaíso” (Montiel, 15). Así también en lugares de Magallanes, Aysén, Santa Cruz y Tierra del Fuego, siendo el chilote “viajero obligado (convirtiéndose) en peón de estancia, minero, esquilador, buscador de oro, ballenero, cipretero en las Guaitecas, constructor de faros en los archipiélagos australes, lobero y marino”. Estas migraciones patagónicas se desarrollaron en diferentes etapas, por los desplazamientos en comparsas que navegaban aguas del golfo de Corcovado y de Penas con destino a Magallanes, cruzando espacios fronterizos *hinterland* que llevaron a estas comunidades a la Argentina.

¹ Es posible destacar que además de la relevancia oral, concentra poderosas imágenes acerca de la vida patagónica de los emigrados chilotas, lo que permite una discusión más amplia en términos de etnografía visual.

Los medios de transporte fueron buques cargueros como el *Calbuco*, *Navarino*, *Osorno*, *Quellón*, *Santa Elena*, *Tenglo*, *Trinidad*, *Viña del Mar*, entre otros. Algunos sucesos ocurridos dentro de un contexto bélico fueron descritos en cabalidad narrativa por los entrevistados, estos aluden al grueso de fallecidos en Isla de los Muertos y la Huelga del 21, situaciones que no frenaron los desplazamientos hacia diferentes localidades en Patagonia. El autor provoca la narrativa en los entrevistados acerca de la participación de la mujer en la vida patagónica, aquella que sin emigrar, contribuyó en actividades correspondientes al cuidado de los hijos, crianza de ganado y faenas en los campos agrícolas. La diáspora chilota como “foco de migraciones” (siguiendo a Rodolfo Urbina), participó y modificó “culturalmente el vasto ámbito patagónico”, siendo el chilote un emigrante permanente o temporal” (Urbina, 2010:11 Op.Cit) que habitó en diferentes territorios circunvecinos.

Estas narrativas muestran escenarios referentes a la vida patagónica de los emigrados en territorios chilenos y argentinos, así como también en sus lugares de origen. Destacan trayectorias entre viajeros del interior quienes se desplazaban en búsqueda de trabajos en diferentes oficios. Fueron diversas etapas migratorias sucedidas históricamente en el archipiélago, sobre todo aquellos que siguieron la tradición familiar de emigrar a otra parte. En este sentido, fue la Patagonia argentina el lugar de concentración migrante, situados en diferentes lugares por medio del seguimiento de oficios laborales como la esquila en Río Gallegos, estancias en Santa Cruz, minería en Río Turbio, construcción en Ushuaia, frigoríficos en Punta Arenas y Natales, entre otros. Es importante destacar que la esquila² fue el oficio desarrollado por la mayoría de migrantes, iniciados a temprana edad como guateros³, velloneros⁴, playeros⁵ o puesteros en estancias⁶, realizando faenas en distintas temporadas de circulación laboral.⁷

Las temporadas durante el año oscilaban entre noviembre-febrero (esquila), marzo-mayo (frigorífico) y año completo en el caso de la estancia, la minería y la construcción. Esto provocó varias conexiones culturales entre lugares de residencia y origen de los emigrados, manifestadas en expresiones lingüísticas, vestimenta y actitudes “gauchas”, como la “pava”, uso de pantalón bombacho, pañuelo y boina, consumir “chuleta” en el desayuno, tocar acordeón y jugar truco. Es en este contexto que los retornados hacían vida en sus lugares de origen alrededor del fogón, recordando experiencias, anécdotas y nostalgias sucedidas durante sus travesías, preservando tradiciones migratorias como parte de la memoria colectiva chilota.

Es la tradición oral representada en un cúmulo de experiencias y saberes en la vida social de Chiloé y Patagonia, asimetrías que articulan escenarios e imaginarios históricos

²Encargados de esquilar.

³ Recogedores de lana.

⁴ Manipuladores del vellón de lana.

⁵ Limpiadores de espacios.

⁶ Cuidadores de ovejas.

⁷ Trabajadores que se desenvolvían en diversos oficios alternando temporadas.

de trascendencia transnacional. Esto conlleva pensar en la migración no solo como desplazamiento que posibilita el cruce de fronteras territoriales en diferentes sentidos geográficos, sino también en el ensamblaje y reproducción de tradiciones culturales translocales. Lo que hace de la cultura una extensa amalgama de significados que perduran en el tiempo como esferas de cotidianidad simbólica. Este ensamblaje transnacional provocado por la migración es revestido por fenómenos más amplios como extensión de mercados, circulación de mercancías y formación de comunidades que posibilitaron conexiones crecientes a larga distancia entre personas, lugares y países.

Finalmente, la posición metodológica que muestra el autor se inscribe en perspectivas históricas con base en hallazgos etnográficos de categorías múltiples. Haciendo referencia a la etnografía histórica como aporte de la nueva historiografía que permite considerar el pasado en el presente, una manera de situar espacialidades, temporalidades y sujetos históricos. Habría que destacar la importancia de la historia en otras áreas científicas como sociología, antropología, literatura, relevantes en la reflexión, interpretación y descripción de comunidades culturales articuladas a un cuerpo de conocimiento que precisa ser revestido. Esto permite la discusión respecto de metodologías en movimiento que logren conexiones entre personas y lugares, escenarios y paisajes, conflictos y tramas. De manera que la etnografía multisituada y otras estrategias metodológicas, podrían ser incorporadas en futuros estudios sobre migración transnacional.

Juan M. Saldívar⁸
Universidad de Los Lagos
Programa ATLAS
Angulo 241, Osorno (Chile)
juan.saldivar@ulagos.cl

⁸ Proyecto Fondecyt N. 3607981: Etnografías en movimiento: imaginarios culturales y trayectorias migratorias de comunidades transnacionales chilotas entre Ushuaia, Argentina y Punta Arenas, Chile 1950-2015.